

Láscaris rellena tales esquemas con los propios textos de Menéndez Pelayo; y cuando sobre un autor o una escuela hay varias exposiciones (como, por ejemplo, en el caso de los árabes o en el de Lulio), escoge la que ofrece un carácter más histórico. Aun así, el lector advierte, y el colector se lo anticipa, que la Historia no queda completa. Las lagunas, imputables al plan original, por la improvisación con que fué redactada *La ciencia española* en sus varias partes integrantes, se habrían explicado mejor si el “Inventario bibliográfico de la Filosofía Española” hubiese sido antepuesto en el volumen al cuerpo principal de los “Textos”, en vez de subseguirle como ahora. En cambio, las “Recomendaciones en torno a la Historia de la Filosofía Española” y la “Postura filosófica de Menéndez Pelayo”, susceptible de ser ampliada con otras declaraciones doctrinales y de carácter más positivo, cierran dignamente el volumen.

A la selección de los textos antecede una extensa Introducción, en la que el profesor Láscaris indaga de raíz la viabilidad y el posible sentido de una Historia de la Filosofía Española. Notoriamente, la iniciativa de Menéndez Pelayo ha triunfado en toda la línea; pero la concepción nacionalista de que aquella iniciativa brotó exige ser revisada a la luz de las ideas actuales. Láscaris procede a esa revisión discretamente, no sin pasar revista a las distintas posiciones que sobre la idea misma de “filosofía española” se han ido dibujando a lo largo de los tres cuartos de siglo últimamente transcurridos. Tanto vale precisar el concepto en que los españoles de hoy aspiramos a continuar la obra de Menéndez Pelayo.

JOAQUÍN CARRERAS Y ARTAU

OTRA VEZ “GOG”

La reciente desaparición de Papini justifica dolorosamente un comentario sobre su vida y obra. *El libro negro*, de Giovanni, aparecido recientemente en versión castellana, aunque ya viejo conocido de los que bucean de cuando en cuando por literaturas foráneas, se abre y se dirige, según afirma el propio autor, hacia el descubrimiento de que estamos viviendo “una de las más negras épocas de la historia de los hombres”. Sobre esta realidad, difícil-

mente discutible, aunque quizá un poco desmesurada por el patético escritor italiano, se inclina la atención genialmente sombría de Papini con inquisitivas miradas. Para ello se hace reaparecer ante nosotros aquel tremendo personaje, entre absurdo y simbólico, que, bajo el nombre bíblico de "Gog", nos fuera presentado por igual pluma hace unos años. "Gog", tras su máscara de millonario, sirve al escritor florentino para mejor pintarnos estas setenta imágenes del inhumano tiempo que nos tocó vivir, algunas de ellas de intenso pesimismo, sarcásticas las más y tristemente irónicas otras. Son estas imágenes como aguafuertes que participan del fantástico genio de Poe, de la buida crueldad de Voltaire y de la concisión sagaz de los *propos* de Alain. A través de ellas, a lo largo de estas páginas en puro revuelo, que quieren ser reveladoras, Papini pretende enseñarnos a despreciar en detalle las opiniones humanas y a medir nuestras debilidades. Y todo este complejo de disfrazadas caricaturas, si no conduce a la desesperación, lleva al borde mismo del escepticismo. El señor "Gog", colosal inquiridor, arbitrario y trascendentalista, ofrece un cheque de trescientos mil dólares para facilitar la tarea de un sabio que le propone catalogar las humanas ignorancias y fundar de este modo una nueva ciencia: la "ignorética".

Claro está que Papini, a través de su "Gog", sólo ha descubierto verdaderamente viejos mediterráneos. No tiene nada de novedad el decir que la astronomía, lejos de llenarnos de la serenidad divina, nos proporciona un sentimiento de espantoso vértigo con su derroche de materia, de energía y de luz. Esto es un ejemplo entre ciento de los que nos ofrece la oscura visión de *El libro negro*. El señor "Gog" necesita atravesar Tokio para darse cuenta de las paradojas de la guerra, para advertir su fundamental crueldad, su inutilidad final, el humano desengaño que comporta. En el fondo hay un genial, ilimitado candor en los descubrimientos de "Gog", en los descubrimientos de Papini. Pero su vigor espiritual, su pincelada patética, nos los presenta más acusadamente perfilados, más ejemplarmente aleccionadores. Tal vez sin perseguir ninguna finalidad, sino como pretendido testimonio, inteligentemente desviado por los siempre atractivos meandros del juego paradójico.

Hay en este libro de Papini, como en el "Gog" que le anteciediera, unas amenas entrevistas inventadas con personajes de nuestro tiempo. La invención se realiza con habilidad, espigando en la ideología, cosechando en la vida y obra de esos personajes reales. Así, por ejemplo, nada nos descubre Papini en su síntesis del pensamiento de Valéry, pero nos lo resume donosamente. Y aún está

más acertado cuando evoca a Hitler, o cuando hace comentar a Kierkegaard, en un póstumo cuadernillo de notas, la misteriosa frase: "Dejad a los muertos enterrar a los muertos", a la que da la siguiente interpretación: "Los muertos están todavía vivos; he aquí el gran descubrimiento de los hombres primitivos. Los vivos están muertos; he aquí el reciente descubrimiento de la filosofía existencialista..." De nuevo el juego paradójico. Siempre el revuelo, jugoso y dudoso, de la paradoja.

En el fondo, hay algo en *El libro negro* que nos deja insatisfechos, que nos decepciona. Nos asombramos ante el brillante aprovechamiento de hechos e ideas que hace su autor; pero nos quedamos con la sensación de una vaga superficialidad, con el malestar de enfrentarnos con algo inconcluso, embrionario. Con alguna cosa magistralmente esbozada, pero que está reclamando un más amplio desarrollo.

ENRIQUE SORDO

EL TESTIMONIO POLITICO DE LOS PANFLETOS (1)

En todo tiempo, el deseo del hombre de aportar sus ideas e iniciativas a la regulación de la vida comunitaria se ha manifestado de muy diversas formas. Unas, siguiendo los cauces normales de unos medios de expresión tolerados y regulares; otras, mediante una acción clandestina, que en ocasiones ha llegado a adquirir el máximo interés.

Desde Séneca a Pablo Luis Courier, el panfleto ha tenido una extraordinaria importancia como denuncia de una actitud política y testimonio sobre una realidad, que, aunque en ocasiones haya estado desvirtuada por un cierto apasionamiento, siempre ha poseído un notable interés.

En la más reciente de las revoluciones triunfantes—la subversión argentina, que terminó con el régimen peronista—, el panfleto no sólo desempeñó un papel importante, sino que ha merecido los honores de tener un historiador. El escritor argentino Félix Lafandra ha hecho la historia del panfleto político entre 1954 y el triunfo de la revolución antiperonista en un libro de más de

(1) Félix Lafandra: *Los panfletos: su aporte a la revolución libertadora*. Buenos Aires, 1955.